

Destructor de mundos

Existe una herramienta que puede destruirnos. Comienza con un destello tan brillante que, incluso con los ojos cerrados y las manos en forma de cuenco, puedes ver los huesos de las personas que se amontonan a tu alrededor.

En cuestión de minutos, evapora las principales ciudades y hace que los aproximadamente 12.000 aviones de pasajeros que se encuentran en el aire caigan en picada. En cuestión de días, se desata la anarquía, ya que los gobiernos y las instituciones dejan de existir, y los alimentos comienzan a escasear.

En cuestión de meses, el cielo se oscurece, las temperaturas caen entre 20 y 30 grados centígrados y se desata una era de hambruna. En cuestión de años, se borra nuestro conocimiento colectivo y luego nuestra memoria, de modo que, miles de años en el futuro, alguien que tropiece con nuestros huesos se preguntará qué tipo de animales éramos. Como dijo una vez el primer ministro soviético Nikita Jrushchov: «Los supervivientes envidiarán a los muertos».

Esta es la sombría sombra que se cierne sobre la humanidad desde hace 80 años, desde que los Estados Unidos utilizaron por primera vez la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki en 1945.

El 6 de agosto de 1945, un bombardero Boeing B-29 Superfortress de los Estados Unidos, bautizado con el nombre de Enola Gay Tibbets, lanzó «*Little Boy*», la primera bomba atómica utilizada en combate, sobre la ciudad de Hiroshima, matando a un tercio de sus habitantes y mutilando a miles más. Apenas tres días después, los Estados Unidos lanzaron la segunda bomba nuclear, «*Fat Man*», sobre la ciudad japonesa de Nagasaki. Al menos 100.000 personas murieron inmediatamente en los dos ataques, y quizás el doble murieron lentamente en los meses y años siguientes, víctimas de los efectos duraderos de la radiación, que deforma nuestras células y corrompe nuestra propia biología.

Cuando cayó la primera bomba, Japón ya estaba devastado. El bombardeo incendiario de Tokio por parte de los Estados Unidos mató a más de 100.000 personas en una sola noche de marzo de 1945 y desplazó a otro millón. El bombardeo de Osaka destruyó ocho millas cuadradas de la ciudad en un solo ataque aéreo, matando a 4000 personas. Unas 100 ciudades japonesas quedaron devastadas o destruidas por completo antes de que la «*Little Boy*» fuera cargada en el Enola Gay. Los registros históricos sugieren que la noticia de los bombardeos no cambió mucho el cálculo político en Japón: las transcripciones de los debates políticos de la época sugieren que fue la declaración de guerra de la Unión Soviética contra Japón el 9 de agosto lo que cambió el rumbo.

En los Estados Unidos, la noticia del bombardeo provocó una indignación generalizada. En respuesta, el secretario de Estado Henry L. Stimson ayudó a difundir la narrativa de que el ataque era *necesario* para salvar millones de vidas estadounidenses y poner fin a la guerra.

Pero Stimson sabía la verdad. El presidente de los Estados Unidos, Harry S. Truman, se había referido a la bomba como un «martillo» contra los soviéticos. En julio de 1945, se acercó a Joseph Stalin en la Conferencia de Potsdam y le dijo que los Estados Unidos tenían un «nuevo arma de una fuerza destructiva inusual». La destrucción de Hiroshima y Nagasaki menos de dos semanas después fue un juego de poder imperial y un escalofriante ejercicio de asesinato en masa, una oportunidad para que los Estados Unidos afirmaran su poderío y una advertencia a quienes se atrevieran a desafiar sus movimientos hacia la hegemonía. Como dijo Nelson Mandela en un discurso de 2003 en el que criticaba la guerra de los Estados Unidos contra Irak:

«Si hay un país que ha cometido atrocidades indescriptibles en el mundo, ese es los Estados Unidos de América... Cuando Japón se retiraba en todos los frentes, decidieron lanzar la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki... Esas bombas no iban dirigidas contra los japoneses, iban dirigidas contra la Unión Soviética para decir: «Observen, este es el poder que tenemos. Si se atreven a oponerse a lo que hacemos, esto es lo que les va a pasar».

Embragado por el nuevo poder de los Estados Unidos, Truman amenazaría más tarde con utilizar la bomba

atómica para destruir todas las fábricas desde Stalingrado hasta Shanghái, una amenaza que repetiría Winston Churchill en Gran Bretaña. La bomba dotó a la supremacía blanca de un poder aparentemente supremo.

Esto preparó el escenario para la Guerra Fría, una guerra de tal alcance que algunos historiadores la han descrito como una Tercera Guerra Mundial. «Es particularmente inapropiado llamar "fría" a una guerra que comienza con Nagasaki e Hiroshima», escribió el historiador italiano Domenico Losurdo. Aunque los Estados Unidos y la URSS nunca lucharon directamente, argumentó Losurdo, la amenaza siempre presente de la aniquilación total distorsionaría todo el tejido político y económico del principal rival de los Estados Unidos y, cada vez más, del resto del planeta. Desde Corea hasta Vietnam, desde China hasta Irán, los Estados Unidos han utilizado repetidamente la amenaza de la guerra nuclear para promover sus objetivos diplomáticos y militares, empujando al mundo hacia una creciente proliferación nuclear.

La capacidad de destrucción total de la bomba atómica se cierne sobre la sociedad actual. Desde hace varias décadas, los Estados Unidos han pasado de una doctrina basada en la idea de la «destrucción mutua asegurada», según la cual nadie puede ganar una guerra nuclear, a otra basada en el «poder de contrafuerza», que parte del supuesto de que los Estados Unidos podrían desmantelar las capacidades nucleares de un rival con un primer ataque masivo. Esta fue la razón de ser de los llamados «euromisiles», el arsenal nuclear de los Estados Unidos que llegó a Europa occidental en la década de 1970 y sigue proliferando en la actualidad.

Mientras que la mayoría de los Estados con armas nucleares se reservan el derecho de utilizar las armas nucleares con fines defensivos, exclusivamente cuando se enfrentan a una amenaza existencial, los Estados Unidos no se han sentido obligados a respetar tales límites. En 2022, el secretario de Estado estadounidense, Anthony Blinken, advirtió que los Estados Unidos considerarían el uso de armas atómicas «en circunstancias extremas para defender los intereses vitales de los Estados Unidos, sus aliados y socios». Hiroshima y Nagasaki nos recuerdan que no se trata de una amenaza vacía. Los Estados Unidos siguen siendo el único país de la historia que ha utilizado armas nucleares en una guerra, y sus «intereses» se extienden ahora por todo el mundo.

En el espantoso aniversario de los bombardeos nucleares, recordamos a las víctimas de la singular capacidad de destrucción del imperialismo y reafirmamos nuestro compromiso con el desmantelamiento de su maquinaria de guerra y la construcción de una nueva diplomacia de los pueblos. Todo está en juego en esta lucha.

En solidaridad

El Secretariado de la Internacional Progresista